

Foll. 1748

# ELOGIO FÚNEBRE



DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

*Don Pedro Cerbuna y del Negro,*

*que en las solemnes honras celebradas en sufragio de su alma*

*el día 17 de Octubre de 1893 por la*

*Universidad Literaria de Zaragoza, pronunció en el Templo Metropolitano*

*del Salvador de dicha Ciudad*

EL CANÓNIGO

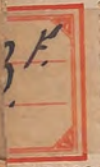
Dr. D. Florencio Jardiel

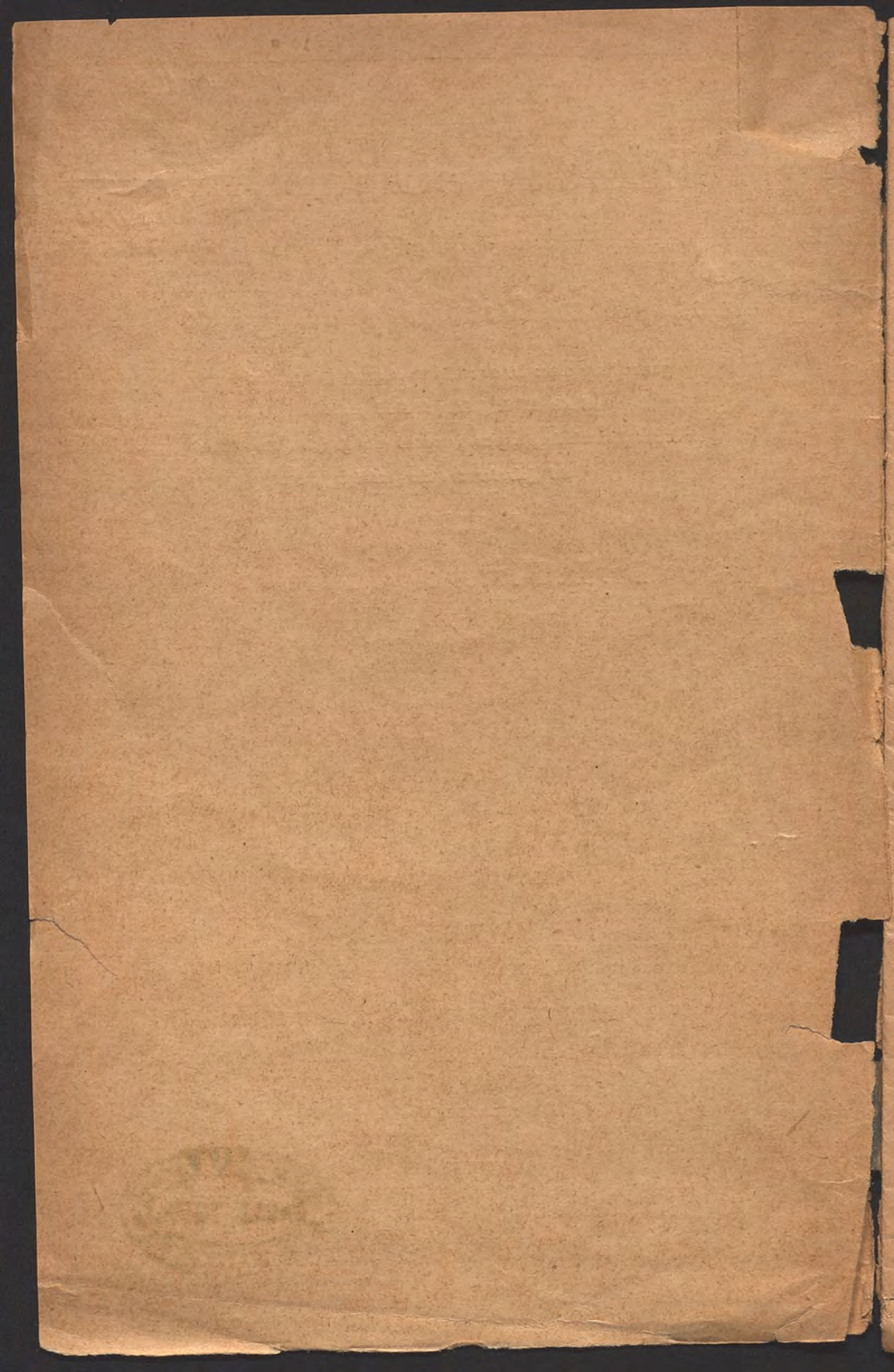


VALLADOLID:

IMP. Y LIB. CATÓLICA DE JOSÉ MANUEL DE LA CUESTA  
Macías Picavea, núms. 38 y 40.

1900





# ELOGIO FÚNEBRE

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

*Don Pedro Cerbuna y del Negro,*

*que en las solemnes honras celebradas en sufragio de su alma*

*el día 17 de Octubre de 1893 por la*

*Universidad Literaria de Zaragoza, pronunció en el Templo Metropolitano*

*del Salvador de dicha Ciudad*

EL CANÓNIGO

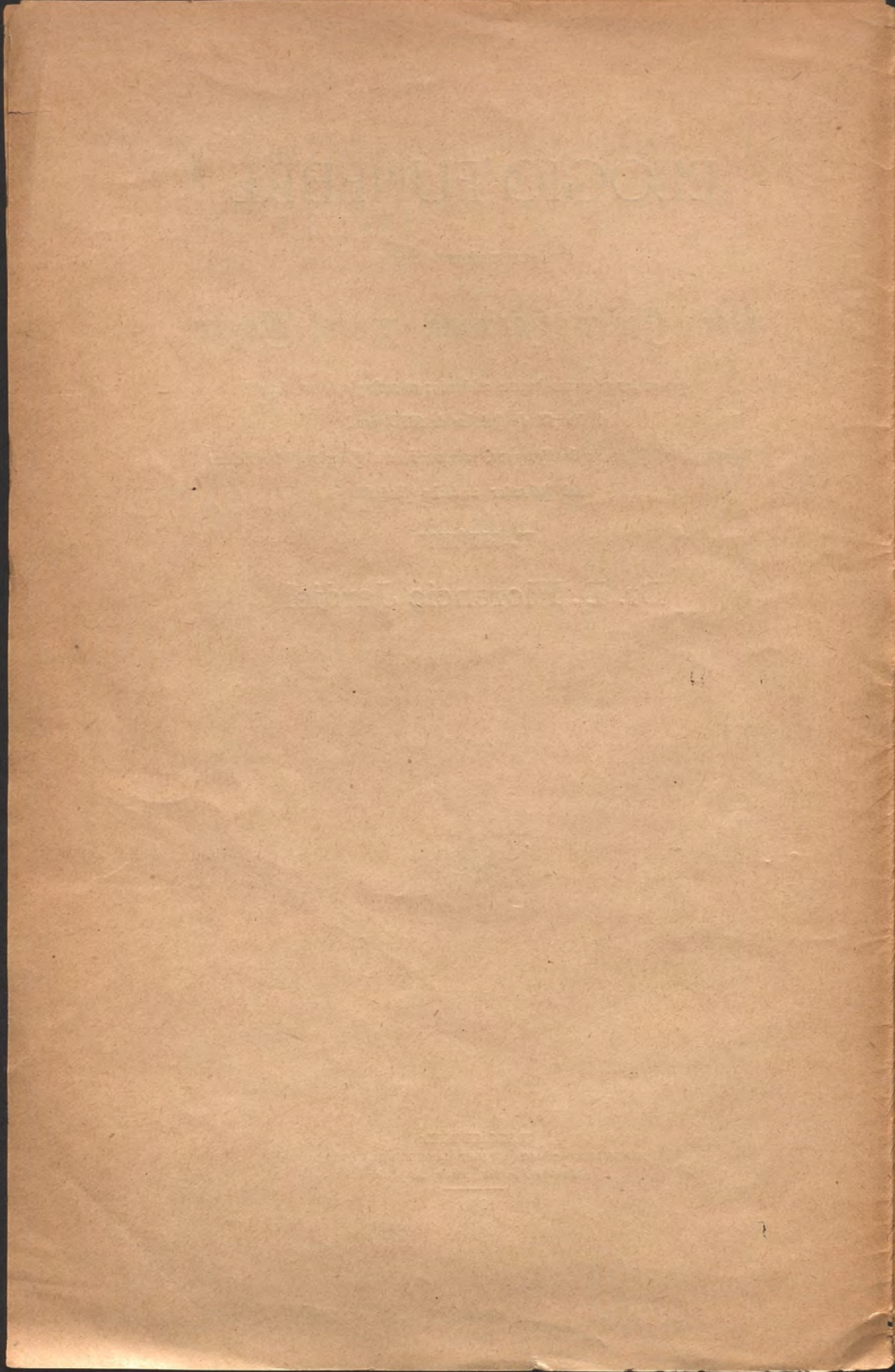
Dr. D. Florencio Jardiel



VALLADOLID:

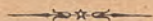
IMP. Y LIB. CATÓLICA DE JOSÉ MANUEL DE LA CUESTA  
*Maclás Picavea, núms. 38 y 40.*

1900





## Elogio fúnebre



*Sapientia filiis suis vitam inspirat, et suscipit inquirentes se... et qui illam diligit diligit vitam.*

La sabiduría inspira vida á sus hijos, y acoge á los que la buscan... y quien la ama, ama la vida

Ecclesi IV-12-13.

EMINENTÍSIMO SEÑOR (\*)

**E**L día cinco de Marzo de 1597 dejaba de existir, en la ciudad de Calatayud, coronado de méritos y virtudes, el insigne prelado D. Pedro Cerbuna y del Negro, quien durante doce años, hasta la fecha de su fallecimiento, había gobernado, con singular prudencia y apostólica solicitud, la santa iglesia de <sup>Navarra</sup> Zaragoza. No es de extrañar, teniendo en cuenta el amor entrañable con que había atendido durante su glorioso pontificado á

---

(\*) El Eminentísimo Señor Cardenal Benavides y Navarrete. Asistieron además el Ministro de Fomento D. S. Moret, el senador por la Universidad D. J. Calleja, el claustro de profesores con insignias, y representaciones de la Universidad central, centros docentes, autoridades y corporaciones de Zaragoza.

las necesidades de sus hijos, que los ardientes testimonios de veneración y de cariño, que fueron su más bella corona en los últimos penosos días de su existencia (1) se convirtieran á su muerte en sentidas manifestaciones de duelo, á medida que la infausta noticia se iba difundiendo como inesperada calamidad entre los pueblos confiados de su amada diócesis.

Más ved, hermanos míos, lo que sucede: aquel dolor, que parecia no deber extenderse ó no tomar, al menos, formas exteriores que revelaran su intensidad, fuera de los límites de tan dilatada familia, encuentra más allá eco profundísimo en millares de corazones, y un mes después, el diez y seis de Abril, cómo si ella sola, más que las órdenes religiosas cuyos intereses el Venerable Obispo había generosamente fomentado, más que la ciudad á cuyo progreso intelectual y moral había contribuido á costa de innumerables sacrificios, más que la Mitra en cuyo seno se había formado desde su juventud y con la cual había trabajado en el gobierno de la grey cesaraugustana, más que el Cabildo del Salvador, en donde, canónigo primero y más tarde prior, se había distinguido por la elevación y gallardía de su espíritu, como si ella sola, digo, fuera llamada á dar público testimonio del universal sentimiento que aquí, en la capital del reino aragonés, había producido tan irreparable desgracia, la Universidad ordenaba solemnes funerales en el templo de Santa María Magdalena, dando al acto tan desusada magnificencia, que no se cansan de ponderarla los que, testigos presenciales de ella, minuciosamente nos la refieren. Asistió el Arzobispo, que lo era á la sazón Don Alonso de Gregorio; asistieron los jurados de la ciudad; se hizo invitación á personas y corporaciones distinguidas; ocupó preferente lugar el claustro de doctores con sus insignias presidido por el rector D. Juan Morera;

---

(1) El Dr. Cerbuna fué siempre de complexión delicada; más, en los últimos años de su vida, á causa de una grave afección al estómago, se vió mortificado constantemente por las molestias y dolores que lleva consigo esta enfermedad.

hubo capelardente adornada con riquísimos paños de brocado é iluminada con millares de cirios; hizo el elogio del ilustre finado Fray Martín Peraza, carmelita, celebrado por su elocuencia, (1) y, cediendo el Cabildo Metropolitano de los derechos que le asistían á celebrar en La Seo este acto funeral, sin duda para demostrar con su deferencia la razón con que el Cuerpo universitario tomaba de su cuenta la organización de tales demostraciones de luto, trasladose él mismo al templo de Santa María Magdalena, dispuso que un canónigo de su seno, D. Juan López, oficiara en la celebración del Santo Sacrificio, y ordenó que proveyera de lo suyo la catedral á cuanto fuera menester, para dar mayor brillo y más grandeza y severidad á las ceremonias (2).

Hermanos míos: la explicación de aquellas honras fúnebres consagradas por la Universidad de Zaragoza al eterno descanso del alma de D. Pedro Cerbuna y del carácter que revistieron, verdaderamente excepcional, nos la dá del modo más cumplido el hecho singularísimo también de reunirnos hoy, en idéntica forma y con igual objeto, invitados por la misma Universidad, transcurridos trescientos años desde aquel acontecimiento memorable.

No: Cerbuna, el gran Cerbuna, cuyos alientos no desmayaron nunca ni aún en los días de más cerrada contradicción; que

---

(1) No se que se imprimiera esta oración fúnebre, ni que se conserve el original. De Fray Martín Peraza se imprimieron en Salamanca en casa de Artus Taberniel, el año 1603, dos tomos de *Sermones Quadragesimales y de Resurrección etc.*

La obra va dedicada al Excmo. Sr. Duque de Alba y Condestable de Navarra. Fray Martín Peraza, era á la sazón catedrático de Prima de sagrada Teología de aquella Universidad y Prior del Cármen.

(2) Dan cuenta de estos funerales solemnísimos los manuscritos del Doctor Mandura, canónigo de La Seo de Zaragoza, que se conservan en el archivo de esta Santa Iglesia Metropolitana. La Universidad dispuso con motivo del fallecimiento del V. Cerbuna un *Cerlâmen de Ingenios* que fué muy celebrado.

tal vez se creía movido por impulso sobrenatural (1) á elevar los menguados estudios que aquí se daban al rango de Universidad pontificia y real con todos sus honores y privilegios; que consagro á este anhelo vehementísimo de su alma, no solo su fortuna sino también su vida hasta exhalar el último suspiro, no podía soñar, ni aún en las horas de más grande delirio y exaltación, con la hermosura de la realidad presente. He subido á este sitio para hacer el elogio de los que han muerto y no estaría bien dispensar alabanzas á los que viven; para todos habrá lugar en las páginas de la historia; pero, hermanos míos, cuando el antiguo edificio universitario, minado por la <sup>incendio</sup> ~~minera~~, carcomido por las inclemencias del tiempo, casi arrasado por el furor de sitiadores impotentes, (2) renace á nuestros ojos ofreciendo formas correctas en lo exterior, y en lo interior amplitud suficiente y proporciones adecuadas; cuando á su lado, indispensable complemento solicitado con afán y generosamente concedido, hemos visto surgir como por artes maravillosas palacio suntuosísimo, donde los hombres que buscan la verdad en el grande y en el pequeño mundo hallarán desde hoy medios de proseguir y de comunicar á otros sus investigaciones científicas; cuando el común empeño ha dado cima de un modo tan glorioso á aquella empresa superior que comenzó Cerbuna en los últimos años del siglo XVI ¿no era natural, ya que ha dispuesto la Providencia que con la fecha de la terminación de las primeras obras coincidiera la feliz coronación de las postreras, evocar la memoria del Venerable fundador y ofrecerla al respeto y á la admiración de los hombres, elevándose majestuosa sobre tantos esfuerzos acumulados y sobre tantas grandezas realizadas? Si es esta mi misión, y la Universidad literaria de Zaragoza me

(1) Historia de la Universidad de Zaragoza por D. Jerónimo Boroa, Pag. 32, Nota, y pag. 179.

(2) El antiguo edificio de la Universidad de Zaragoza fué arruinado casi por completo en 1809, durante el segundo sitio; por la voladura de las minas preparadas y cebadas por los franceses.



ha llamado á este sitio para que sea intérprete de sus votos, he de confesar que el camino que debo recorrer, mirado desde aquí, me parece no solo obligado sino á la vez admirablemente sencillo.

Alguno ha dicho, con frase dura pero expresiva (1), que sin el *vil metal* proporcionado por Cerbuna para levantar el antiguo edificio de la Universidad, completar sus estudios y dotar decorosamente sus cátedras, habría pasado largo tiempo antes de ponerse en ejercicio el privilegio del Emperador Carlos V y las concesiones pontificias. La afirmación es tan exacta como severa; pero yo añado, y ya vereis hasta qué punto mis apreciaciones son fundadas, que el Prior de La Seo de Zaragoza, fundador de su insigne Universidad, más que el dinero, que dió con larga mano para esta empresa gigantesca, aportó á ella la luz de su talento privilegiado, la entereza de su carácter y la piedad fervorósima de su alma; que aquella rara magnificencia, que avalora su liberalidad inagotable, fué fruto sazonado de miras elevadas y de purísimas concepciones; que nadie como él tuvo de la ciencia y de su difusión un concepto más adecuado y más perfecto, y, por lo mismo, que si algo le movió á tan generosos esfuerzos, fué el interés de la religión, que lleva aparejado el interés de la ciencia misma, prestando así señalado servicio á la real y legitima prosperidad de su patria.

—No sin pena, Eminentísimo Señor, ya que el tiempo es tan breve y tan compleja é interesante la proposición enunciada, abandono al juicio de los doctos, que forman hoy escogida porción entre todos los que me escuchan, un estudio preliminar, que sería, sin duda, excelente punto de partida en el camino que tenemos que recorrer.

Los que, amantes de la verdad, la hayan buscado de buena fe en las enseñanzas de la historia, por fuerza que han tenido

---

(1) Historia de las Universidades por D. Vicente de la Fuente, Tomo II, pag. 396.

que detenerse ante aquella prodigiosa fermentación de las inteligencias, reveladora de un secreto poder, que agitaba la vida del siglo XIII. La verdadera restauración y organización de los estudios parten indudablemente de aquí. Los esfuerzos del escolasticismo, alentados y dirigidos por la vigorosa mano de Inocencio III y después por la de aquellos que le siguieron en la Sede apostólica, determinaron una serie no interrumpida de creaciones maravillosas, de mayor solidez y de más bella perfección á medida que los tiempos se desenvuelven; y si bien es verdad que fueron por lo menos tres siglos los invertidos en tan generosa labor, no lo es menos seguramente, que, al amanecer el renacimiento pagano, que sin estos trabajos anteriores hubiera sido un peligro para las artes, un peligro para la ciencia, un peligro para la civilización, y sobre todo un peligro para las almas, hallóse con que estaban tomados todos los caminos y todas las veredas inexpugnablemente guarnecidas: formada, si se puede decir así, la razón moderna, habituada la inteligencia á una precisión lógica inflexible desconocida en la antigüedad, instaurado y perfectamente definido el rigor científico del lenguaje, resueltas ó planteadas todas las cuestiones en el palenque superior de la metafísica, en perfecto consorcio, como hermanas que son originarias de la eterna verdad, la religión y la ciencia, y esparcidos por toda Europa, más grandes por la independencia de que gozaban que por sus distinciones y privilegios, innumerables centros de instrucción en donde toda enseñanza tenía maestros, todo talento señalado lugar, todo mérito su corona y toda vocación, dentro de las esferas del saber, medios de llenar sus elevadas aspiraciones.

La parte que se debe á la Iglesia en este movimiento prodigioso, cuyas líneas más generales acabo de trazar, y la importancia y significación de aquellos hombres, asociados por élla á la realización de tan soberanos intentos, es lo que no cabe en el estrecho marco de una oración sagrada; pero sí cabe, Eminentísimo Señor, pero si puedo, mis amados hermanos,

respondiendo al objeto que nos ha reunido bajo las naves magníficas de este templo, señalar en la historia de los grandes progresos de que la ciencia es deudora á los hombres de fé, la figura notabilísima de D. Pedro Cerbuna, que entre nosotros representa la salvadora acción del Catolicismo en la enseñanza, y á quien debe principalmente Zaragoza la fundación de su insigne Universidad.

No fué de los primeros en el orden señalado por la Providencia. Cerbuna vino al mundo ya muy entrado el siglo XVI, cuando, la era de los grandes empeños terminada, comenzaba la era de las aplicaciones fecundas ¡Extraña coincidencia! Cómo si Dios quisiera que el carácter firme y emprendedor que distingue á los hijos de aquella tierra nobilísima, que guarda los más grandes recuerdos de la reconquista aragonesa, estuviera encarnado por igual en sus dos almas escogidas, su cuna se meció no muy lejos en tiempo y en distancia de la cuna de José de Calasanz, el santo fundador de las Escuelas-Pías. ¿Qué fueron los primeros años de su vida? ¿Cuáles sus estudios? ¿Cómo se desenvuelve aquel espíritu superior, preparándose para llenar sus providenciales destinos? ¿Qué cargos desempeña de confianza hasta tomar plaza de distinción en el Cabildo metropolitano de Zaragoza? No hay para que decirlo, hermanos míos. La historia de Cerbuna, que durante este tiempo representa señalados triunfos en las letras y no menos señalados en la virtud, nos ofrece un dato elocuentísimo y que todo á un mismo tiempo lo compendia y lo dice: Cerbuna mereció del grande, del magnífico, del piadosísimo Arzobispo Don Hernando de Aragón, ser distinguido, y, lo que es más, ser entrañablemente amado.

Aun viven, hermanos míos y vivirán por muchos siglos, los que fueron testigos de este amor traducido cada día en inapreciables mercedes: este altar, ante el cual el 13 de Diciembre de 1569, en el ofertorio de la Misa, hizo profesión de la regla de San Agustín para entrar en el goce de su prebenda; esta capilla que presencié, terminadas las Vísperas primeras de la Ascensión,

el año 1573, la desusada solemnidad con que tomó posesión del priorato entre el aplauso de la ciudad y los parabienes del Cabildo; este templo, á cuya fábrica prodigiosa en la parte que se debe á la largueza de su espléndido protector, contribuyó con su vigilancia infatigable y sus atinados consejos; este púlpito, ah! este púlpito, desde el cual, alma agradecida, no tanto á los favores recibidos cuanto á la señalada predilección que estos favores significaban, hizo sentido elogio del Arzobispo Don Hernando, en aquel suntuosísimo funeral que en su muerte se celebró, uno de los más grandes que el amor, alentado por la piedad, ha organizado bajo estas bóvedas venerandas.

Y no sé si decir, que aquí comienza lo que en la vida de este hombre extraordinario á nosotros de especial modo nos interesa. Cinco años, á partir de la muerte de D. Hernando, tuvo Cerbuna por el Cabildo el gobierno de la grey cesar-Augustana. Elegido Vicario capitular, crecieron con el cargo considerablemente sus rentas, y para él, que, enamorado de la pobreza, vivía sin afanes que pudiesen turbar la apacible serenidad de su alma, y que además buscaba la justicia con el noble deseo de ordenar según ella la pureza de sus acciones, era empresa difícil hallar para estos bienes que así le deparaba la Providencia aquella aplicación que á un tiempo reclamaban el servicio de Dios y la mayor utilidad de sus conciudadanos.

Yo llamo, hermanos míos, hácia este punto vuestra atención. Es cosa averiguada en la historia del gran Cerbuna, que sus nobles empeños por llevar adelante la fundación de la Universidad de Zaragoza poniendo sus caudales en la balanza de los generales deseos, fueron resultado de largas reflexiones, de oraciones fervorosisimas, de lágrimas ardientes y de muy duras penitencias (7). Los que fueron en vida sus amigos del corazón lo atribuyen á inspiración que le vino del cielo. ¿No quereis ir tan lejos á buscar los brillantes orígenes de

---

(7) Dr. Hortigas *Patrocinium pro inclyto et florentissimo cæsar-Augustano Gymnasio.*

esta escuela? Pues confesad, al menos, y no temais que brote de los labios esta hermosísima confesión, que el Prior de la Seo de Zaragoza, descendiendo de las alturas más elevadas de la piedad para aplicarse con la actividad perseverante de los hombres predestinados á levantar sobre bases sólidas y estables nuestro primer establecimiento de enseñanza, es la comprobación más elocuente de la religiosidad de la ciencia «*Scientiæ religiositas*»; es decir, de aquel modo esencial con que la ciencia y la religión se compenetran, como medio adecuado, y exclusivo á la vez, de llegar poco á poco por el trabajo y la confianza á las esferas luminosas de la verdad. Quizá no halle manera de exponer sóbriamente mi pensamiento. ¿Qué vió Cerbuna desde el fondo de aquel aislamiento voluntario á que había sometido su alma para más libremente penetrarse de su misión y mejor determinarse á cumplirla? Hermanos míos: es cosa fácil adivinarlo. Hombre de fé, guiado por su claridad indeficiente, Cerbuna comprendió lo que no acierta á explicarse la preocupación y la malicia: que, entre todas las obras, objeto de los esfuerzos generosos de nuestro espíritu, ninguna tan eminentemente religiosa como el cultivo de la verdad y su difusión sobre la tierra. Ah! El camino recorrido hasta él por la Iglesia de Dios no podía ser más glorioso. Todos los progresos en el orden intelectual á partir de la predicación apostólica, eran conquistas por ella realizadas enfrente de toda clase de resistencias, y bastaba volver los ojos á lo pasado y contemplar escalonadas las grandes maravillas de luz debidas á la virtud vivificante de su divino aliento, para estimar, como empresa de salvación, la que de tal manera atraía las atenciones y ejercitaba la actividad y los desvelos del Catolicismo. Y á medida que ahondaba en la piadosa contemplación de estos misterios, más profundos de lo que creen la insensatez y la soberbia, se agrandaba, iluminado por nuevos resplandores, el horizonte purísimo de su alma. Si, por una mala inteligencia, hay cristianos que piensan que la ciencia humana es

peligrosa y separa del cielo, él no podía participar de estas ideas que ya en su tiempo condenaba con acritud San Gregorio de Nacianzo. «La verdad es de Dios, había dicho San Ambrosio»: «*omne verum, a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*», y donde quiera que se la encuentre, natural ó sobrenatural, no es del hombre de quien procede, sino de Aquel que viene derramando de toda la eternidad la lumbre inextinguible de su infinita sabiduría «*Illuminans tu mirabiliter à montibus æternis*». Las luchas sostenidas en la infancia del Cristianismo, cuando Orígenes y Clemente de Alejandría abogaban en nombre de la Iglesia por el fomento de la enseñanza; la libertad con que hablaba San Agustín, exigiendo para el estudio de las ciencias aquella solicitud esmeradísima que reclamaban los intereses mismos de la fé, el rigor con que el azote de la ignorancia, origen de todo género de desdichas, había sido combatido un día y otro día por la Sede apostólica, y el hecho, confirmado por la experiencia, de los daños gravísimos que á la doble cultura de las almas ocasiona la anarquía científica, que se produce inevitablemente siempre que desconfianzas malévolas dan lugar á un divorcio más terrible que los excesos de la razón y los desvaríos del talento, todo esto, ni podía Cerbuna desconocerlo, ni era posible que dejara de pesar en su ánimo, determinándolo á lanzarse, la mano puesta en el corazón, por el noble camino que su vocación le indicaba. Y, vedle, hermanos míos, aceptado ya el puesto que le señala la Providencia, acometer de frente, seguro de sí mismo, la decretada creación de estudios generales en los estudios viejos de la capital aragonesa. Me he preguntado yo, Eminentísimo Señor, me he preguntado yo, siguiendo el curso de los sucesos á que dió márgen la fundación de la Universidad de Zaragoza, que hubiera acontecido, si, menos penetrado de su misión, menos lleno, menos poseído del espíritu de Dios, menos convencido del poder santificador de la ciencia, Cerbuna se hubiera limitado á prestar de sus rentas lo necesario para dar cima al

edificio de la nueva Universidad y atender á la dotación de sus maestros. ¿Quién habría enfrenado con mano vigorosa las revueltas pasiones, que crecen siempre y se amontonan en momentos tan arriesgados, por lo mismo que son de tanta trascendencia para los pueblos? ¿Esas cuestiones difícilísimas, que surgen de la misma naturaleza de toda empresa de importancia, y de cuya solución acertada depende, las más veces, su presente y su porvenir, quien las habría resuelto con tal acierto, que hiciera innecesaria la intervención, ordinariamente peligrosa, de poderes extraños? ¿Era fácil dar leyes, redactar estatutos por los cuales se gobernase la naciente vida universitaria, tan amplios que en nada entorpeciesen su legítima libertad, y tan severas que impidiesen toda confusión y desórden? ¿Era fácil resistir competencias tan formidables como la que opuso la floreciente Universidad de Huesca y allanar obstáculos insidiosos, suscitados por la celosa rivalidad de fundaciones y colegios? ¿Era fácil ordenar con perfecto conocimiento y rectitud escrupulosa un profesorado eminente, tanto que no lo hubiese ni más docto ni más insigne en las demás universidades de la nación? ¿Era fácil, en una palabra, era fácil, no solo levantar un edificio material vasto y suntuoso entre los mejores del reino, sino crear, dar vida al edificio moral de una Universidad literaria que ya, apenas nacida, el año 1597, había conseguido, dentro y fuera de España, enviable celebridad?..... Cuando Cerbuna el 24 de Mayo de 1583, fecha que será siempre memorable, cuando Cerbuna reúne en torno suyo á los jurados de la ciudad y, huyendo envidias, suavizando asperezas, trata sigilosamente con ellos de la redacción de los nuevos estatutos, del nombramiento de rector y de la elección de profesores, no sé que nimbo celestial creo ver dibujarse sobre su frente. ¿Es el apóstol de la verdad? ¿Es el enviado de Dios, que se adhiere con entusiasmo y obedece de corazón á su voluntad soberana?... ¿Por qué no confesarlo? Hay un carácter, mis amados hermanos, que no

falta jamás en aquellos hombres providenciales á quienes Dios escoje para instrumento de sus designios y que brilla, por modo singular, en el espíritu de Cerbuna: es la constancia. Dos años antes de que fuera colocada solemnemente la primera piedra en el nuevo edificio universitario, Cerbuna era consagrado en Monzón y entraba á gobernar la Santa Iglesia de <sup>Zaragoza</sup> ~~Zaragoza~~. Sin duda que las graves atenciones de su obispado reclamarán de él afanes sobre afanes y desvelos sobre desvelos y pruebas evidentes existen todavía de su solicitud pastoral; pero, no me importa decirlo: Cerbuna, antes que todo, es el fundador generosísimo, el fundador apasionado, de la Universidad de Zaragoza. ¡Oh! y cuánto dice esta preciosa declaración escrita de su mano á los jurados de la ciudad, hablando de lo que era constante objeto de sus cuidados!..... «Y yo toda mi vida procuraré la mejora y autoridad de ella, como me obliga el ser tan en servicio de Dios y beneficio de este reino, y haber sido promotor de ella desde el principio». Así es, que, solicitado vivamente su ánimo por negocios de mayor interés, su pensamiento estaba aquí y su corazón y su alma: y cuida del puntual cumplimiento de los estatutos, resistiendo con energía toda pretensión que tienda á quebrantarlos; y corrige á su arbitrio los que en 1589 le remiten los jurados con este fin, «trasladando irrevocablemente en su persona, por acuerdo del Capítulo y Consejo, todo el poder que la ciudad tenía en la Universidad y sin reserva»; y vigila para que el edificio se haga bien y se gaste con fidelidad, «como hacienda hecha por limosna para obra pía»; y renuncia generosísimamente y por amor, no sólo al derecho que tenía de proveer cátedras en todas las facultades, temeroso de no acertar, ausente como estaba, en la elección de profesores, sino también á todo el patronato que se le había concedido, no fuera que por causa de él otros prelados se retrajeran de mirar por la Universidad y de venir en su apoyo con sus limosnas. Ahora, hermanos míos, ya os explicareis perfectamente



cómo Cerbuna, teólogo eminente y profesor distinguidísimo, visitador celoso de los Obispados de Lérida y de Huesca, Canónigo y Prior de la Seo de Zaragoza y cinco años Vicario general á la muerte de D. Hernando, prelado insigne de <sup>Zaragoza</sup> ~~Zaragoza~~, en cuya capital dió vida al Seminario de San Gaudioso y al ilustre colegio de la Compañía de Jesús, y hombre finalmente á quien nunca faltan alientos para llevar á cabo las mayores empresas, no tuviera, al morir, no tuviera otro nombre que el de su amada Universidad en el corazón y en los lábios (1). Se ha dicho, que en su muerte Dios permitió que se obraran prodigios, de los cuales dan fé los escritores de su tiempo; y para mí el milagro más grande que acredita su santidad, el prodigio mayor, entre todos los que ilustran su existencia y glorificaron su sepulcro, es haber concebido, inspirado por Dios, haber emprendido con la ayuda de Dios, y haber terminado bendecido por Dios, la fundación, cien veces intentada sin resultado, de la Universidad de Zaragoza. Y ya lo veis, mis amados hermanos, apesar de la inconstancia de los

(1) Cerbuna al morir repetía con mucha frecuencia ¡Oh, Universidad, oh Universidad!...

Ocurrió su fallecimiento en Calatayud el día 3 de Noviembre de 1597. Fueron depositados sus restos en la capilla mayor de la colegiata de Santa María de esta ciudad, donde se conservan. Instruyose proceso de Beatificación luego de su muerte, cuyas diligencias pasaron al archivo de la Universidad cesaraugustana, y se perdieron entre las ruinas del edificio universitario en 1800. Testigos presenciales refieren, que en 1863, al abrirse la cripta donde está depositado el cadáver de Cerbuna, con motivo de algunas obras que se hicieron en la colegiata de Santa María, se percibió un olor suavísimo que se difundió por todo el templo, olor, que si bien puede atribuirse á las substancias odoríferas empleadas en el embalsamamiento, es raro que esto sucediera después de tres siglos y sin haberse descubierto la urna en donde se conserva el cadáver. Fueron testigos de este suceso el párroco D. Miguel Pérez, el coadjutor D. Manuel Díaz, el sacristan Pedro Navarro, el albañil Roque Gil y otros muchísimas personas que acudieron á la iglesia á cerciorarse de la verdad por sí mismas.

hombres y de la inclemencia de los tiempos, la obra de Ceibuna no ha decaído aún, sino que vive, engrandecida cada día con nuevos triunfos, satisfecha de su pasado y rica en esperanzas para lo porvenir. Aquel soplo inmortal que recibió al nacer y que durante trescientos años ha producido en letras y en virtud tantos varones eminentes, que hizo revivir de sus propias cenizas gloriosísimas lo que asoló el demonio de la perfidia, y dió paso á proyectos, realizados hoy, que serán el orgullo de nuestro siglo, que á la sábia especulación científica, dominante en los pasados estudios ha juntado, al presente, con lazo indisoluble, la moderna ciencia experimental en sus aplicaciones más fecundas, todavía se percibe distintamente, como aliento suavísimo de piedad y de t e, entre el confuso torbellino de pretensiones insensatas. S : yo debo al claustro universitario de Zaragoza esta espontánea confesión, más valiosa, sin duda, por brotar de esta cátedra de verdad y en momentos de tan señalada grandeza. Mas,  por qué no decirlo?  Es tan leve el peligro que yo pueda callarme sin comprometer con mi silencio los intereses más augustos,   debo anticiparme, previniendo sucesos que podrían desfigurar en su parte más noble la obra de nuestro ilustre y espléndido fundador? Hermanos míos: si el celo inquieto en la investigación de la verdad «*acrior cura veritatis*» es el carácter distintivo de aquel mal siglo filosófico, que anunciaba Leibnitz, de grandes riesgos para la fé de los cristianos y favorable en alto grado al naturalismo pretencioso, yo auguro que pasamos por ésta prueba, dura como ninguna, entre las muchas que han afligido   la humanidad.

«Hay algo más temible que la ignorancia, escribí Platón, una ciencia que se desborda codiciosa de libertad, y que no tiene ni norte que la guíe, ni esperanza que la fecunde».  Cu ndo las ciencias, por causa de la f , han sufrido en sus derechos alteración   menoscabo? Nosotros hemos dicho: no resuciteis antagonismos imposibles, all  donde el respeto por nuestra

parte se traduce cada día en palabras de bendición y en desinteresados auxilios. ¿Deseais libertad? tomad en hora buena la que en justicia os pertenece: ni tenemos misión para indicar á las ciencias humanas sus procedimientos y sus métodos, ni estamos encargados de resolver problemas, que Dios ha abandonado á los libres esfuerzos de la razón. Pero, tenedlo entendido: el orgullo, ese polvo que los hombres levantan en torno suyo, removiendo los átomos de su personalidad, nocivo más que nada á las manifestaciones del talento; la distribución arbitraria de las corrientes luminosas, que obligan á muchos cerebros á estallar faltos de capacidad y de resistencia; el entusiasmo exagerado y exclusivista que priva al alma de la piedad condenándola á perpétua aridez en los desiertos sin fin de la investigación y del estudio; el loco atrevimiento, que, sin más medios que las montañas acumuladas por la razón, intenta apoderarse de los secretos que ha reservado para sí la Sabiduría divina; y el desprecio de la virtud, como obligado término, como fin primordial á que debe tender en sus nobles afanes la inteligencia, eso no es libertad, ni nosotros podemos menos de combatirlo, no tanto en provecho de la religión, cuanto en interés de la ciencia, la primera que se resiente de su influjo letal y de su acción demoledora.

Ved por qué, yo pido con imperio que reine aquí en el seno de esta insigne Universidad, aquél espíritu generoso que presidió á su fundación encarnado en el corazón del gran Cerbuna. Si lo positivo divino, que es la religión, que es el Cristianismo, que es la filosofía del Evangelio, aplicando los dones celestiales á la unión de las ciencias en la fé, es el fundamento de toda paz intelectual, según el mundo al presente la necesita, que nunca falte en esta escuela privilegiada lo que pudiera ser, en tiempo no lejano, gérmen fecundo de regeneración y de levantamiento. ¿Qué? ¿Tardará tanto á restablecerse aquella antigua armonía, que voces discordantes se atrevieron á destruir? ¿Nuestro siglo, que ha presenciado tantas resurrecciones



gloriosas, no verá en sus postrimerías la universal rehabilitación de las inteligencias, preludio necesario de una era completa, de una era dichosa de justicia y de libertad?

Tengo esperanza en el porvenir, mis amados hermanos. «Este tremendo sacudimiento que conmueve al presente la fé cristiana, esta lucha sangrienta entre la filosofía y la fé, entre la fé y la ignorancia, entre la fé y la depravación, entre la sinceridad y la fé; esta lucha terrible de fuerzas buenas y de fuerzas malas contra la fé, es la prueba, dice un apologista, es la crisis, es la transición, es el paso; una suerte de crucifixión misteriosa de Jesucristo, así en las almas como en la civilización de los pueblos. Pero aguardad; dejad pasar el tiempo de las conmociones y de las tormentas y vosotros vereis, cómo los hombres adheridos al Evangelio atraviesan sin peligro la obscuridad, y ven surgir en su corazón la luz misma, Jesucristo glorificado, y con él, los dones todos que esclarecen la inteligencia y todas las virtudes que salvan. Nada desde aquel punto será difícil; los hombres ilustrados comprenderán entonces, que es posible por la ciencia del Evangelio arrojar de las almas los demonios que las poseen y fuertes por la unión y la confianza correrán á vencer en el orden intelectual aquellos enemigos de la verdad que tan perfectamente caracterizaba San Pablo. *«Rectores tenebrarum harum et spiritualia nequitie»*.

Apresurad el paso, mis amados hermanos: lejos de poner obstáculos á la luz, abrid de par en par las puertas del espíritu y allanadle el camino que conduce á la inteligencia: basta de engaños ya, basta de preocupaciones extrañas. Copernico emprendiendo sus inmortales cálculos para dar gloria á su Creador, al poner de relieve sus magníficas maravillas; Juan Kepler exclamando en frente de las leyes cuyo secreto habia descubierto su ingenio: «oh! grande es el Señor y grande sobre todo su omnipotencia»; Newton encaminando sus esfuerzos y sus trabajos, á honrar, según decía, la majestad y las perfecciones divinas; Benvenuto Cellini cayendo de rodillas arrebatado

por transportes de adoración al ver realizada la más magnífica de sus obras; Santo Tomás exigiendo como premio de sus maravillosos estudios el amor y la gracia de Jesucristo y aquel doctor seráfico, el gran Buenaventura, enseñando, como fuente de sus profundos conocimientos, un pobre Crucifijo gastado todo por los ardientes besos que continuamente le daba, deben ser para el hombre de buena fé, para el hombre de buen sentido, de rectitud y de probidad, los faros encendidos contra la furia de las corrientes en las costas del Evangelio, donde reina Jesús apaciguando con su palabra todas las inquietudes, y alentando con su soplo vivificante el vuelo y el ardor de la inteligencia.

Creedlo, hermanos míos: el aire que nos llega de allí, vivificará todos los pensamientos. Entre nosotros los ejemplos vienen en apoyo de los principios y nada tan expresivo y elocuente como este testimonio que rendimos al hombre extraordinario á quien hizo la fé, y nada más que la fé, insigne fundador de la Universidad de Zaragoza.

Ilustres catedráticos: si aquella universal reconciliación entre el cielo y la tierra obra <sup>de</sup> por el divino Maestro de las naciones *et seconciliat ambos in uno inter ficiens inimicitias*, alcanza de especial modo á las ciencias en sus relaciones con la fé; si no hay nada ni más noble, ni más perfecto en las criaturas, como dice Santo Tomás, que el ejercicio superior de la inteligencia, y por este ejercicio, nobilísimamente practicado, aumentan la piedad y la devoción en el alma, «*ex hoc ipso devotio angetur;*» si, en concepto del grande Orígenes, son las ciencias humanas «introducción al Cristianismo» y más que esto al decir de Clemente de Alejandría «auxiliares eficacísimos de la fé en la obra perpetuamente salvadora del Evangelio» tened en cuenta y nunca lo olvidéis que desempeñais en el mundo una función sacerdotal, sino tan elevada, tan sagrada á lo menos y tan inviolable como la nuestra. San Agustín ha dicho de vosotros: «*Docti in Ecclesia lapides sunt prettosi*» «piedras preciosísimas

son los sabios en la Iglesia de Dios» y este elogio entusiasta que recuerda aquel otro más expresivo aún que se lee en los libros de la sabiduría «*vas præciosum labia scientiæ*» os obliga á sentir tan elevadamente de vosotros, de vuestra vocación y de los deberes que os impone, que todo esfuerzo resulte insuficiente para obligaros á claudicar desfigurando vuestro carácter. Aquella piedra fundamental que Cerbuna hizo colocar la primera para que en ella descansara el edificio de la antigua Universidad, era grande y cuadrada y llevaba escrito por un lado el nombre de Jesús y por otro el de María. (1) Pudo hacer enemiga explosión, yo no lo sé, ilustres profesores, pudo hacer enemiga explosión que esta piedra bendita, arrancada de su lugar, volara por los aires y se perdiera, confundida con los escombros amontonados; lo que no puede acontecer, lo que yo espero en Dios que no acontecerá jamás, es que la fé, piedra angular donde todo saber, toda virtud y toda felicidad descansan, sea arrancada del corazón de esta Universidad insigne, aunque mine sus fundamentos la perversidad del error, y, atizadas por su malicia, exploten á vuestros piés todas las pasiones. Apoyados en ella, cumplid, hermanos míos, vuestro deber; que las artes y las letras sigan derramando sobre España el brillante esplendor de que se muestra tan orgullosa; que las ciencias enriquecidas cada día con mayores descubrimientos faciliten caminos á toda industria provechosa para bien de la humanidad; que las nociones de la justicia y del derecho se graben en el alma de los que en nombre de la patria, serán apoyo y salvaguardia de sus leyes; que la experiencia dirija la mirada y encamine la mano de la juventud que se siente con vocación bastante para venir en alivio de nuestros sufrimientos,

---

(1) El 16 de Noviembre de 1589 se puso la primera piedra del edificio de la Universidad. La bendijo el obispo de Otica D. Antonio García y asistieron al acto cuatro jurados, Rector, Doctores etc. etc.

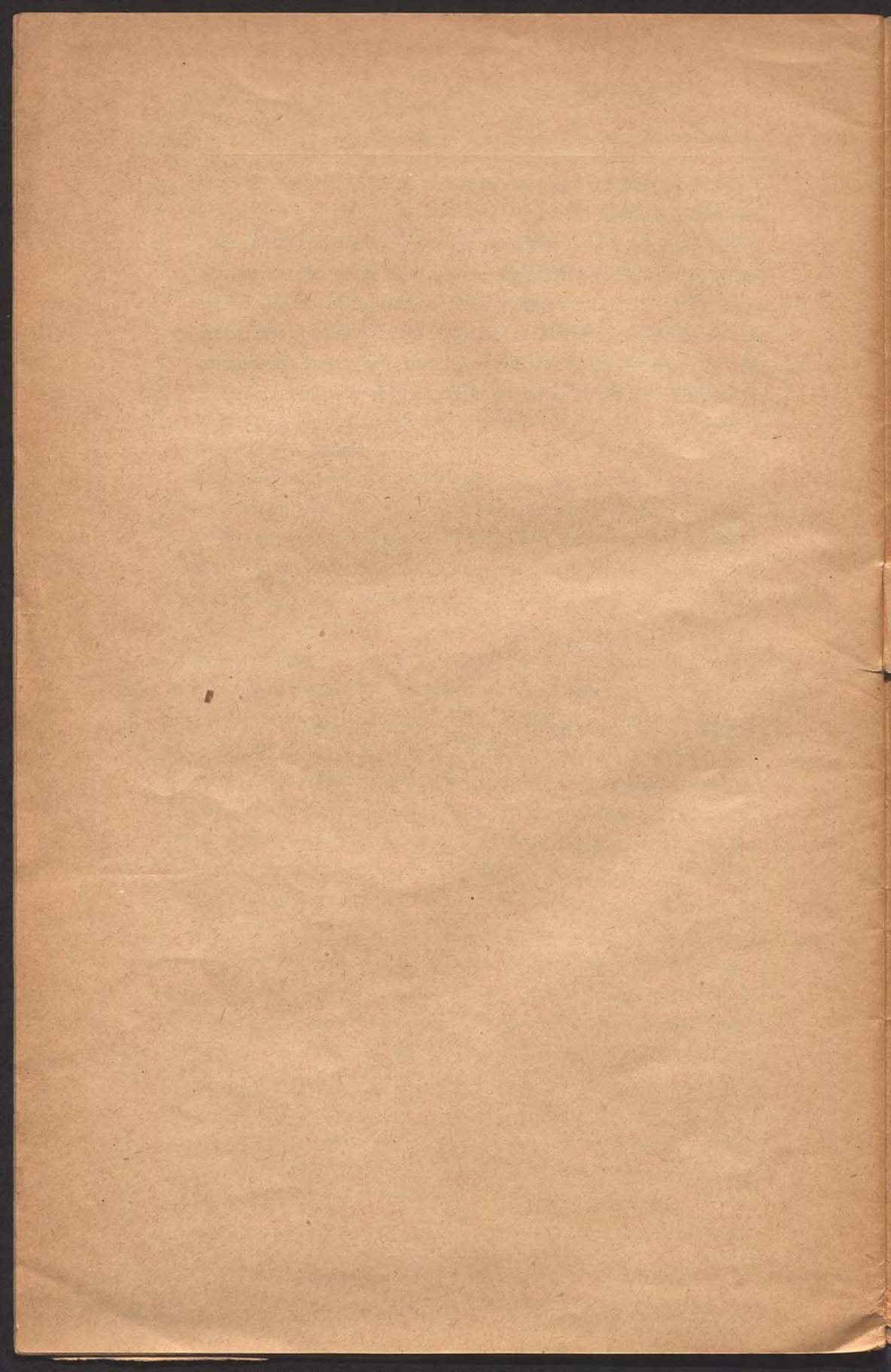
y que la religión corone estas victorias de la ciencia por la conquista de las almas.

Tal es el voto que yo formo en estos solemnísimos instantes, y esta es la bendición que reclamo del cielo en nombre de aquel siervo de Dios, el gran Cerbuna, de quien se dijo haber sido «varón de conocida santidad y letras, gran predicador, gran limosnero, gran letrado, gran santo, y grande en cuanto se puede desear en una persona eclesiástica y religiosa.»

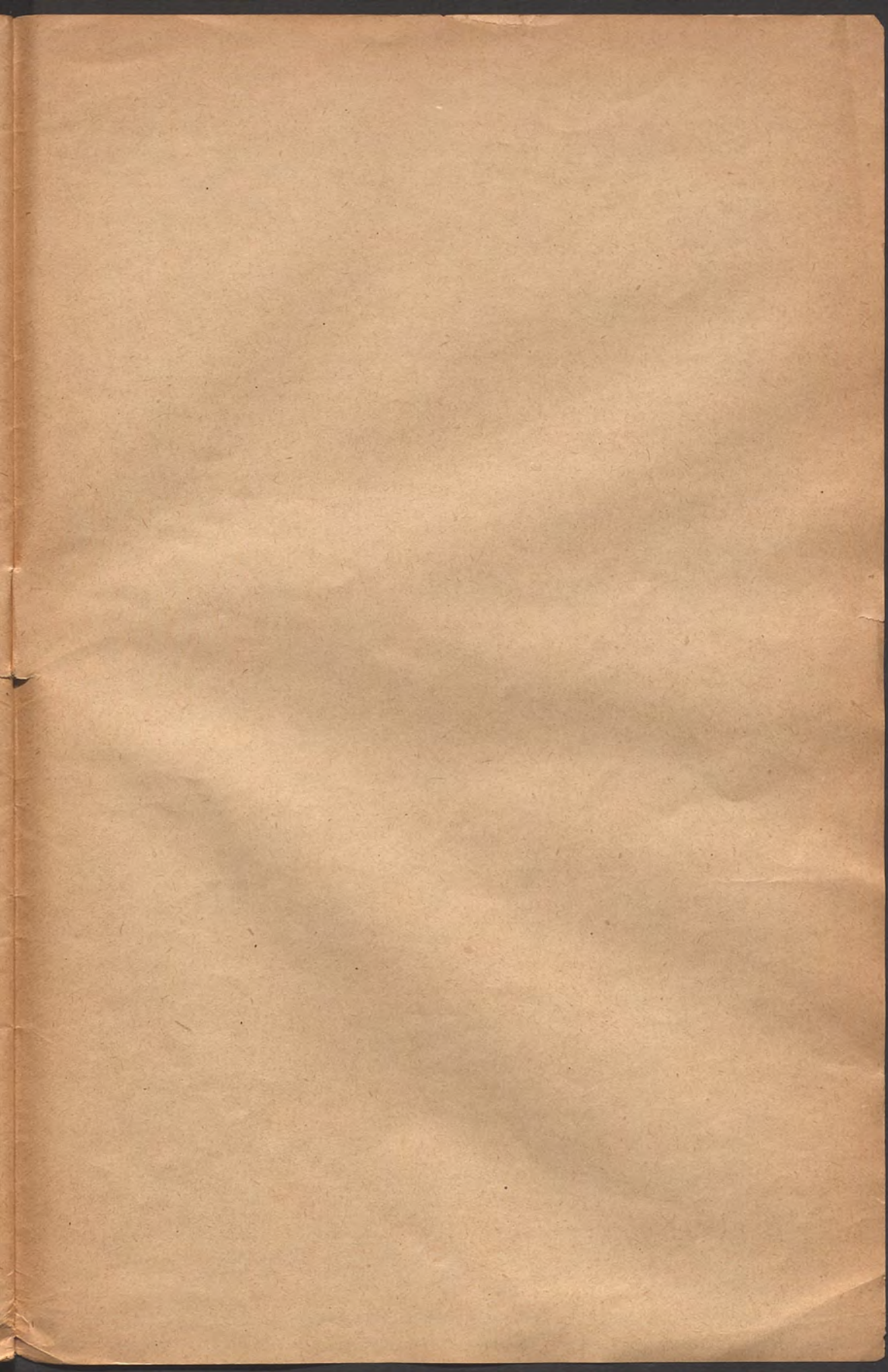
DR. FLORENCIO JARDIEL.

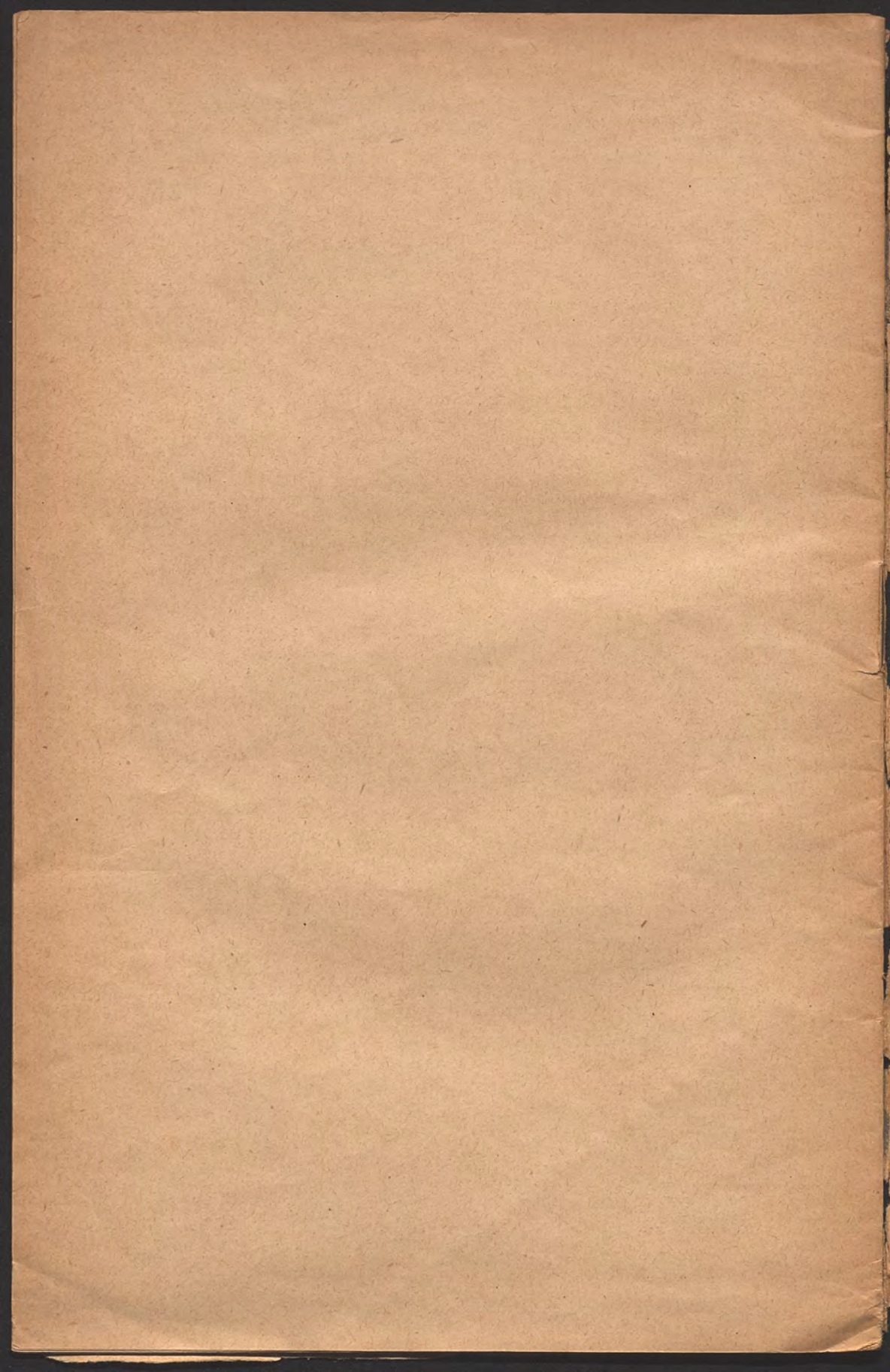
Tesorero d. Zaragoza.

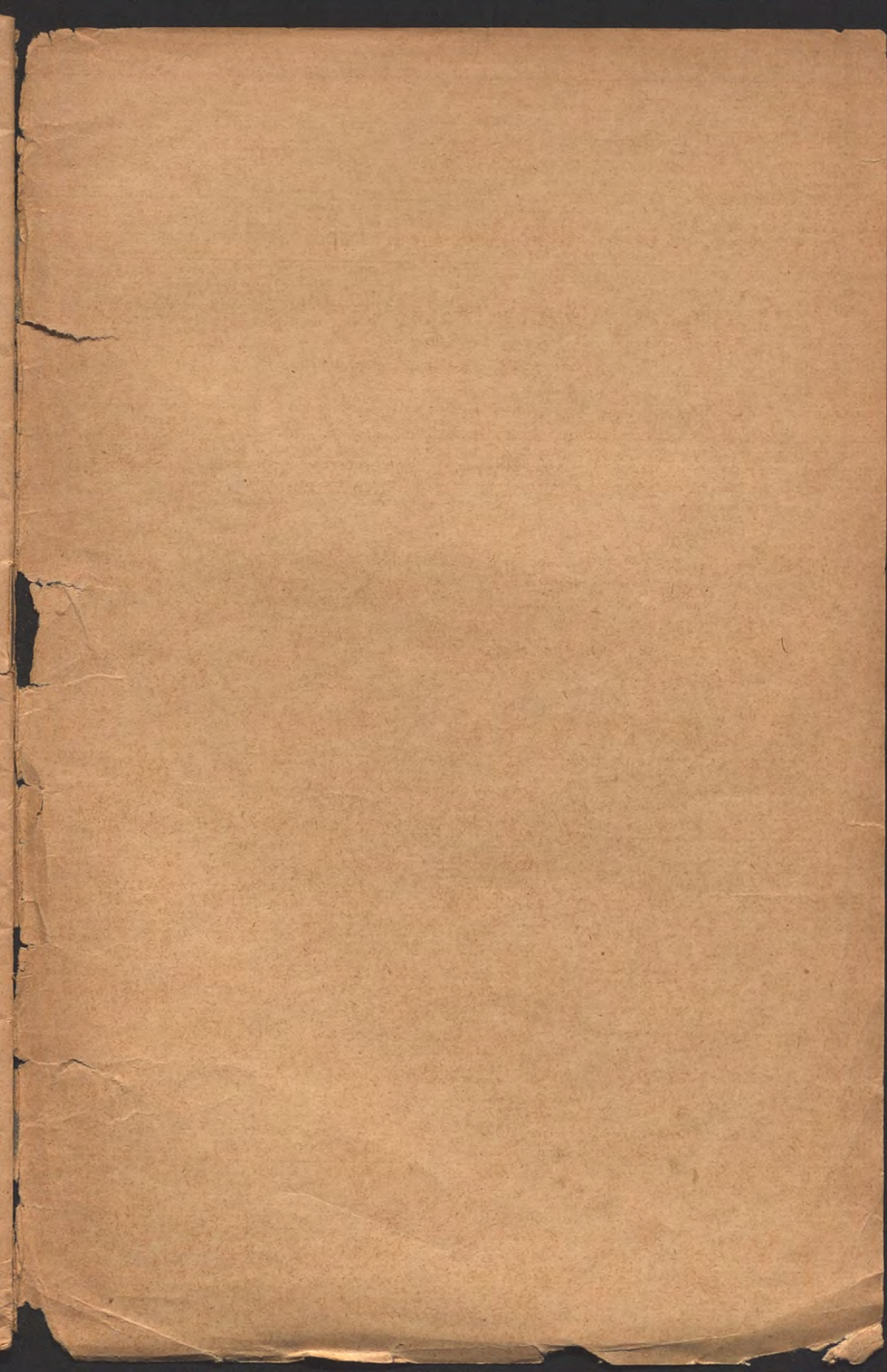


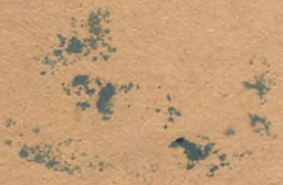












6